

desgarrado en su seno por el cisma y la herejía más fatalmente fecunda, lo era por la impiedad, que nacida de la más profunda corrupción, devoraba las sociedades que la engendraron, y echaba por tierra en su satánico furor, no solamente los altares de Cristo, sino toda majestad humana, tenida hasta entonces en veneración por las generaciones; y mientras así eran conmovidas hasta sus fundamentos naciones enteras, la Iglesia y la sociedad de México oían apenas, como eco perdido de lejanas tormentas, el fragor del combate, sin que germinaran en su seno los gérmenes de muerte, sin que la palabra de rebelión y guerra al orden y á la fe viniera á conturbarla.

Mas, hubo entonces para nosotros un momento solemne, que había de decidir de nuestra suerte, y que pudo ser el principio de nuestra felicidad, si hubiéramos sabido hacer buen uso del don que Dios nos concedió. Nuestra Patria, desligada de España, formó por sí una nación; fuimos independientes, y como el hijo que sale de larga tutela, entramos en el uso amplísimo de todos nuestros derechos. ¿Qué hará entoces México de su religión? ¿Qué suerte correrá la fe y qué lugar vendrá á ocupar en el orden recientemente creado? ¿Fieles á su vocación, los pueblos que llevan en su seno el ardor de la vida y el germen de grandiosas esperanzas, colocarán la fe como base de su engrandecimiento y como remate grandioso del edificio que van á levantar sus manos? ¿Será ella la luz que alumbre sus inciertos caminos y el viento que ha de señalar su rumbo? ¿Considerándolo como el don más valioso reci-

bido de Dios, emplearán para defenderla y transmitirla á su posteridad, sus energías y sus desvelos?

Muy pronto se encargan los hechos de contestar á estas preguntas. La propaganda anticatólica detenida por tanto tiempo á las puertas de México, invade en un día el sencillo país, objeto de su ambición; y el error se empeña en secar con su hálito de muerte la vena purísima de la verdad. Ávido de ciencia como del más preciado tesoro de la tierra el nuevo pueblo oye que los propagandistas de doctrinas impías dan este venerado nombre á sus doctrinas; despierto apenas á la vida y deslumbrado ante las encantadoras quimeras de engrandecimiento, se le dice que la impiedad es el progreso; y en la absurda negación de Dios, y en la insensata apostasía, y en la guerra á la fe de nuestros padres, se hacen consistir las más gloriosas conquistas de los pueblos cultos.

Como si esto no bastara, la pureza de costumbres es combatida al mismo tiempo, trayendo de lejanos países el refinamiento de que han rodeado sus deleites todas las concupiscencias; y la belleza, el arte y la cultura de nuestro siglo, sirven entre nosotros de auxiliares á esta empresa de destrucción y de muerte, siendo su concurso tanto más eficaz cuanto que se presenta con aquel insentivo de la novedad, al que tan difícilmente pueden resistir los hombres. Tiemblan los buenos por la suerte de México á vista de tantas seducciones, ya que el ejemplo de la defección de otros

pueblos cuya fe se perdió después de haber arraigado en ellos por más de mil años, daba lugar á fundados temores de males sin cuento que para las almas preparaba el porvenir. ¿No había abandonado la Alemania las banderas de Cristo á la voz disolvente de un apóstata? ¿no se olvidó de su glorioso pasado la Inglaterra, la Isla de los Santos, para seguir el ejemplo de un rey lividinoso y obedecer sus bárbaros decretos? La Francia misma, baluarte y refugio secular de la fe de Jesucristo, no acababa de dar el más espantoso ejemplo de una incredulidad sangrienta y cruel, seducida por los mismos filósofos que sentaban sus reales en medio de nosotros? ¿Qué habría de suceder con nuestra Patria, en donde se presentaban, no uno, sino todos los errores del antiguo mundo, á donde venían juntas como escuadrón terrible, todas las seducciones que han extinguido siempre la fe de los pueblos, y no en la niñez, digámoslo así, sino jóvenes, robustas y acostumbradas al triunfo?

Nuestra Iglesia contaba siempre con el porvenir, porque sabía que si en el orden de las cosas humanas todo le era contrario, había quien velara por ella desde el cielo, y que aquí mismo se alzaba como fortaleza inexpugnable el santuario que guarda, como talismán precioso, la Imagen de María; y confiaba en su Reina, y ponía en su dulce y vigilante Madre toda su esperanza. Y ya lo veis, la lucha há sido encarnizada y larga; pero los enemigos de Dios no pueden gloriarse de haber alcanzado el triunfo: después de tantos años de combates, y en medio de tantos enemigos; bur-

lando todas las leyes de la historia y todas las esperanzas de los malos, nuestra Patria cree, cree en Jesucristo como el primer día, en El funda todas sus esperanzas, y en los días de amargura y de dolores porque va atravesando, su mayor consuelo es esa misma esperanza!

He concluido, hermanos míos, y no me resta más que abandonaros á vuestros propios sentimientos de gratitud y amor á nuestra Santa Madre; pero quiero antes deciros una palabra que reanimará la confianza de vuestro corazón, y encenderá más vuestro amor á María Santísima de Guadalupe. Por más triste que sea el estado de la Religión en nuestra Patria, y aunque se levanten enemigos terribles para arrancársela, la fe de Cristo nunca se extinguirá en México. Y no creais que profetizo; me apoyo en la voz autorizada del Pontífice Romano; él nos dice en un documento que es prenda de esperanza, que “estemos íntimamente convencidos, de que mientras se mantenga la piedad y devoción á la Virgen María de Guadalupe, la fe católica durará entre nosotros en toda su pureza y estabilidad” Y hoy, por una providencia especial, toma mayor firmeza y más se extiende el amor á María, con ocasión del acontecimiento por siempre memorable que venimos á celebrar. ¿Por qué, pues, no hemos de creer que es esto un presagio venturoso de una era de triunfo para nuestra fe? ¡Sí, nosotros queremos creerlo, y esto es nuestro consuelo y nuestro estímulo; crecerá de día en día nuestro amor hacia Ella, y palparemos que los dones de su efica-

císimo patrocinio redundarán, cada vez más abundantes, en beneficio de la salud y paz de nuestro pueblo! Esta es nuestra esperanza, y la veremos realizada, y por ella la bendeciremos eternamente en el cielo.—Amén.





005